

Las incorrecciones de don Juan Valera

España celebró el primer centenario del nacimiento de uno de sus hijos más preclaros: don Juan Valera.

Este homenaje tuvo, en un principio, un carácter puramente local, pues fué organizado en Cabra, su pueblo de origen. Pero las altas instituciones culturales de España no podían quedar ajenas a tan digno homenaje, y, por iniciativa de un grupo de amigos y admiradores del insigne escritor andaluz, se organizó un ciclo de conferencias en el salón de actos de la Real Academia Española en diciembre de 1925.

En dichas conferencias se estudiaron distintos aspectos de la compleja y rica personalidad literaria y social de don Juan Valera. Ha faltado, sin embargo, un aspecto, por lo visto desconocido para las eminentes personalidades a cuyo cargo estuvieron las conferencias, a saber: Valera como escritor « incorrecto », galicista o galiparlante.

Esta tarea la ha realizado un escritor español, Ocharán Mazos, quien dedicó un libro (*Incorrecciones deslizadas en Pepita Giménez...*) en que se esfuerza en convencernos que don Juan Valera no es el escritor « correctísimo » y de « impecable léxico » que todos creíamos. Y ha elegido para ese fin nada menos que *Pepita Giménez*, es decir, la obra considerada por todos y por el mismo Valera como la más castiza de todas sus novelas. « Mi novela, dice Valera, es por la forma y por el fondo de lo más castizo y propio nuestro que puede concebirse. Su valor, dado que lo tenga, estrí-

ba en el lenguaje y en el estilo, no en las aventuras, que son las que ocurren a cada paso, ni en el enredo, harto sencillo o casi nulo » (carta al editor Appleton como prólogo a una edición inglesa, New York, 1886).

Señala el autor de ese libro los diversos « vicios de dicción » de que adolece la « nunca cual se debe ensalzada novela ». Explica en el prólogo los motivos que lo han llevado a escribir el libro y se arrepiente de haber prestado mucha fe a la fama de escritor impecable de que goza Valera.

Pero oigamos al autor: « De este extremado encomio, en cuanto toca o atañe a lo inmaculado del buen decir, tiene su principio un mal de funestas consecuencias para quienes, celosos de escribir castizamente, siguen paso a paso los del escritor que toman por modelo, engañados con falsa persuasión de quien alcanzó de los eminentes literatos sus contemporáneos tan injustificados elogios; porque creyendo con fe sincera que ese su autor predilecto es autoridad si indiscutida indiscutible en los casos de duda, a él acuden confiados para saber cómo han de escribir vocablo o frase sin pecar contra las más rigurosas leyes gramaticales. »

« Con este escollo, añade, he embestido yo, repetidas veces, hasta caer de ojos, pues llevado de mi gran afición a los libros de Valera y deslumbrado por los encomiásticos juicios que los críticos le han tributado, cuando dudaba en el uso correcto de frase o vocablo, a los libros de Valera acudía para asesorarme del particular léxico valeriano, lo que ha sido causa de muchas faltas contra el buen decir cometidas por mí en las páginas que para el público he dado a la estampa » (*Prólogo*, pág. 9).

Pero el autor reacciona felizmente, y como antídoto a tanto valeriano se entrega con afán a la lectura de los clásicos, y entonces cae en la cuenta de que había seguido un camino errado « tomando por maestro a un escritor moderno, siquiera fuese de los más celebrados ». Y para evifar los « pecados lingüísticos » que él ha cometido, escribió este librito para que otros no incurran en las mismas incorrecciones y galicismos en que él ha incurrido, por creer a pies juntillas en la impecabilidad literaria de Valera.

Veamos algunas de las incorrecciones :

« Es evidente, *sin embargo*, que una novela bonita no puede consistir en la servil, prosaica y vulgar representación de la vida humana » (*Pepita Giménez*, Prólogo, pág. 4) (1).

En este párrafo le objeta a Valera el « *sin embargo* » como incorrecto y prefiere: *aunque, con todo, apesar de, sin embargo de eso, sin embargo de, sin embargo de lo dicho*, etc., porque « los clásicos del siglo de oro hicieron poco uso del modo adverbial « *sin embargo* » (pág. 12).

« Y de aquí el encanto que no dudo que hay en *Pepita Giménez* » (*Pepita Giménez* Prólogo, pág. 5).

Y dice el autor: « Está demás el segundo *que*, porque cuando la oración principal empieza por *que*, huelga el de aquella que le sirve de complemento » (pág. 12).

Ciertamente, el segundo *que* es superfluo ; pero es un defecto tan genuinamente castellano, que nos parece imposible que el autor, a quien tanto encanta lo clásico, a punto de creer que en castellano moderno deban usarse modismos que huelen a rancio, como los que hemos visto en la observación anterior respecto al « *sin embargo* », objete a Valera un defecto tan clásico y castizo.

He aquí ejemplos : « por auer visto *que* cuando estava por las bardas... no me fué possible subir por ellas..., porque me deuián de tener encantado, *que* te juro por la fe de quien soy, *que* si pudiera subir, o apearne, *que* yo te hiziera vengado de manera, *que* aquellos follones..., aunque en ello supiera contravenir a las leyes de caualleria, *que* como ya muchas veces te he dicho, no consienten *que* cauallero ponga mano... ».

¿ Sabe el lector quien es el autor de esta oración en que se repite *nueve* veces el *que* ? Es nada menos que Cervantes (*Quijote*, I, 18, 65 ; citado por Cejador, *Lengua de Cervantes*, pág. xii), « aunque se dezir, *que* si se usa en la caualleria escriuir hazañas, de escuderos, *que* no pienso *que* se han de quedar las mias entre renglones » (*Quijote*, I, 21, 85 ; citado por id., pág. id.).

(1) Le ha servido de texto al autor la última edición, Madrid, 1921.

Y ya que estamos de ejemplos pondremos otro :

En el *Conde Lucanor* « uno de los libros más limados del siglo XII » se encuentra esto : « Diéronle una carta *que* le enviaba el Arzobispo, su tío, en que le fazia saber *que* estaba muy mal doliente, et *que* le enviaba a rogar *que*, si le queria ver vivo, *que* fuese luego para él » (cap. XIII).

Reducida la oración quitando los *que* superfluos resulta : Diéronle una carta del Arzobispo, su tío, en ella le fazia saber como estaba muy mal doliente, y le rogaba que si le queria ver vivo, se fuese luego para él » (citado por *Cortejón, Arte de componer*, pág. 43).

Nos hemos detenido más de lo merecido, tal vez, en este punto para señalar que algunas de las incorrecciones que nuestro autor censura en Valera, — ¡ que es tan español en todo ! — las encontramos en Cervantes y otros clásicos castellanos. Más aun : en cuanto a incorrecciones gramaticales y neologismos hay mucho menos que observar en Valera que en Cervantes, principalmente en *Pepita Giménez*, obra escrita con sumo cuidado.

Sigamos con las incorrecciones de Valera :

« Lo que ahora *comprendo* y estimo mejor es el campo de por aquí » (*Pepita Giménez*, pág. 10).

El « *comprendo* » en este caso, dice el autor, es galicismo perdonable porque damos al verbo el sentido y las acepciones del *comprendre* francés (pág. 14).

Nos parece que el autor no ha *comprendido* el alcance de este verbo en Valera y lo condena por el simple capricho de condenar guiado más que todo por su horror al galicismo. El sentido con que Valera emplea este verbo es perfectamente aplicable, ya que, según el mismo autor, podemos « entendernos en las bellezas del campo » ; podemos también penetrar y comprender las bellezas del campo y ¿ por qué no comprender el campo ?

« Y además hacerme comer cuantos primores de cocina se *confeccionan* en el lugar » (*Pepita Giménez*, pág. 11).

« Confeccionar no fué nunca voz de cocina, fué siempre voz de botica » afirma el autor.

Sin embargo, este verbo puede hacer extensivo su significado a la cocina ya que significa también: *hacer, preparar, componer, etc.*, y para no restringir demasiado el significado del verbo, nos parece que Valera no comete ninguna incorrección al aplicarlo a la cocina.

«No se podía decir que *crease* riqueza» (*Pepita Giménez*, pág. 13).

En buen castellano, dice nuestro crítico, no se puede crear riquezas, ni ciencias, ni sistemas, ni industrias, ni sociedades, ni abusos, ni composiciones musicales» (pág. 21).

Esto es ser más papista que el Papa, pues el diccionario de la Academia en la quinta acepción del verbo crear dice: establecer, fundar, introducir por primera vez una cosa, hacerle nacer o darle vida; en sentido figurado: *crear una industria, género literario, un sistema filosófico, un orden político, necesidades, derechos, abusos* y con un poco de buen sentido, casi indispensable en estudios de esta índole, se deduce fácilmente que si se puede crear una industria, etc., también se puede crear riqueza y no hay tal galicismo.

«Era con todo tan *inverosímil* y tan desatinado el suponer que un hombre...» (*Pepita Giménez*, pág. 15). Y dice nuestro Aristarco: «Acomodándonos con el dictamen de la Academia española, debemos decir *inverosímil*, pues en la décimocuarta edición de su diccionario así lo dispone y todos nuestros buenos escritores así escribieron ese adjetivo» (pág. 23).

A la verdad no conocemos la disposición de la Academia a que se refiere el autor, pues no la hemos hallado ni en la décimocuarta y menos aún, en la décimoquinta edición de su diccionario, en que ambas formas son admitidas sin establecer ninguna diferencia. Y se explica:

La palabra *inverosímil* o *inverisímil* proviene del latín *in + verus + similis*, palabra culta (sabia, docta o libresca) que ha pasado al romance castellano sin sufrir modificación (a excepción de la pérdida de la terminación *is*). Pero el hecho de que existan las dos formas y que sean ambas correctas se explica por

el doble régimen que el adjetivo *similis* tenía en latín (lo mismo que sus compuestas *bonsimilis* y *adsimilis*). En efecto, dicho adjetivo se construía en latín tanto con genitivo como con dativo. Los escritores latinos más antiguos preferían el genitivo cuando se trataba de seres vivos y hombres así: *similis igni e ignis, similis patris, similitis mei, sui, nostri, etc.*, y en nuestro caso *similis vero* o *similis veri*, y en castellano *in + verosimil* o *in + verisimil*.

Es, como se ve, una observación hecha con ligereza, sin documentación ninguna y sin ninguna base científica. Agregaremos que, en cuanto al uso parece predominar *verosimil* en los buenos escritores, aunque también es usada la segunda forma.

« Ni tal vez la *distinción* en los modales ni la elegancia, ni la discreción suelen estimarse » (*Pepita Giménez*, pág. 18).

« Distinción por cortesanía, cortesía, urbanidad, gracia, hidalguía es galicismo » afirma nuestro autor (pág. 25).

Lástima grande que el autor se haya apresurado con esta afirmación, porque si hubiera esperado la aparición de la décimoquinta edición del Diccionario de la Academia, se hubiera evitado tal molestia. Dice la Academia: *distinción*: *Elevación sobre lo vulgar*, especialmente en *hidalguía* y *buenas maneras*.

« Tendrá por fundamento, en parte al menos, el *carácter* de mis relaciones con mi padre » (*Pepita Giménez*, pág. 22).

« Carácter », afirma nuestro crítico, según el decir de nuestros clásicos, vale señal, divisa, marca, sello, *mas no temperamento, indole natural, condición, inclinación, genio, etc.* » (pág. 25). Y como es natural, debe ser galicismo.

No deja de extrañarnos, sin embargo, que el autor, tan aficionado al Diccionario de la Academia, se le haya escapado la octava acepción de este sustantivo que da la docta corporación. *Carácter*: *indole, condición*, conjunto de rasgos o circunstancias con que se da a conocer una cosa, etc. Suponemos que tachará de galicista a la Academia.

« Soy un vil gusano y no un hombre; soy el oprobio y la abyección de la humanidad » (*Pepita Giménez*, pág. 96).

Y aquí se enfurece el crítico y dice: « Humanidad es *galicismo ramplón* en concepto de linaje humano; género humano » (pág. 97).

Con todo, sentimos no darle la razón porque en este caso nos parece que está más en lo cierto el Diccionario de la Academia que define esta palabra (entre otras acepciones) así: *humanidad, naturaleza humana, género humano*, etc. Y es, por tanto, perfecto castellano.

Podríamos multiplicar los ejemplos de presunta incorrección en don Juan Valera, pero no tiene objeto, pues lo dicho basta para que el lector se dé cuenta que se trata de un libro destructor, sin construir nada. Quiere el autor del mismo destruir la fama de Valera valiéndose de afirmaciones dogmáticas y escasamente documentadas.

Invoca con frecuencia los autores clásicos del siglo de oro, y pretende que debemos escribir como Cervantes, y cree que una palabra no puede ser galicismo porque la usa Cervantes.

Ignora la existencia de numerosos galicismos ya en monumentos lingüísticos del siglo *xv*. El que habla o escribe, dice Américo Castro, no se preocupa de si las voces que usa son de origen nacional o no. Para el último labriego, lo mismo que para Cervantes o Goethe, la lengua es un medio para revelar el mundo interior, en forma que entiendan aquellos para quienes se dirigen. Si esos grandes escritores se encontraban con palabras que no eran de origen español o alemán, que venían bien a sus propósitos literarios, los usaban sin más. Todos conocéis la masa considerable de italianismos y de galacismos que hay respectivamente en Cervantes y en Goethe (*El elemento extraño en el lenguaje*, Sociedad de estudios vascos, 1921).

Y sin embargo, tanto Goethe como Cervantes son los primeros clásicos de sus países respectivos.

Una lengua no puede vivir aislada, y toda comunidad lingüística que adquiere cierta fuerza en la historia, al mismo tiempo que desarrolla el fondo propio de su lengua, asimila también elementos de lenguas extrañas.

El latín tenía en su léxico miles de palabras griegas (además de germánicas, celtas, etc.) que necesitaba para expresar conceptos de cultura superior. Sus elementos propios sólo podían servirle para hablar de las más elementales faenas de agricultura y de industria (V. Castro, *op. cit.*, XX).

La lengua inglesa de carácter germánico, estaba incrustada de latinismos durante la invasión romana por César I, y luego por Claudio y Vespaciano, y de galicismos que entraron en la época normanda. Lo mismo puede decirse del alemán.

Lo que decíamos del griego en la lengua latina sucede con ciertos galicismos en España. « Durante todo el siglo XIX (para no hablar de épocas anteriores), España ha recibido de Francia (o a través de ella) casi todo lo que representa progreso: organización política (parlamento: *parlement*) judicial (juez de paz: *juge de paix*; tribunal supremo: *cour suprême*, etc.), mobiliario, indumentaria (canapé, sofá, pantalón, chaqué, etc.)... Preocupémonos, por consiguiente, de que en España se inventen cosas o se superen las conocidas, y veremos en seguida cómo nuestros vecinos empiezan a intercalar hispanismos en francés de la misma suerte que en época pretérita, cuando por ejemplo, la excelencia de los cueros de Córdoba obligó a los zapateros a llamarse *Corduannies*, hoy *cordonnier*. Justo es decir, que frecuentemente en este empleo de voces extranjeras, más que superioridad de un país sobre otro, influye el carácter internacional de la vida moderna; el francés toma del inglés y viceversa, y tales préstamos son compatibles con una refinada cultura (A. Castro, *Los galicismos, lengua, enseñanza y literatura*, pág. 108-9.)

Estos galicismos de que habla el señor Castro no perjudican a la lengua, y hasta se diría que son « neologismos necesarios »; pero no así otra clase de galicismos que el distinguido filólogo español llama « frívolos » y cuyo empleo no justifica un mayor deseo de precisión técnica, ni un propósito de referirnos a un nuevo objeto o a un matiz nuevo, no apreciado por nuestro idioma » (*ibid.*, pág. 109).

Los más graves de estos galicismos son los que afectan la sin-

taxis del idioma; es el caso de los que van a aprender el castellano a París, y no hacen más que calcar giros e imágenes del francés sin necesidad alguna, lo que es realmente detestable.

Peró nada de estos galicismos observamos en don Juan Valera, como casi ninguna de las « incorrecciones » son dignas de tomar en cuenta, y no menguan por tanto la fama de escritor castizo de que justamente goza el autor de *Pepita Giménez*. Mas aun, si una que otra vez se desliza alguna expresión afrancesada, esto no hace más que robustecer nuestra convicción de que aun escritores cuidadosos del idioma como Valera, no pueden librarse del todo del elemento extraño, pero asimilado y apropiado a su propio idioma.

Ya en el siglo XVI, el autor del *Diálogo de las lenguas* (que dicho sea de paso se cree fué el secretario de Felipe II Juan López de Velasco y no Juan de Valdés como se creía hasta hace poco), hace discutir a dos personajes si en su idioma deben o no ser aceptados vocablos anacrónicos o forasteros. Y dice Marcio, uno de los interlocutores: « Esto es verdad, que ninguna lengua hay en el mundo a la cual no estuviere bien que le fuesen añadidos algunos vocablos; pero el negocio está en saber si queriades introducir éstos por ornamento de la lengua o por la necesidad de ellos » (pág. 106, edición de Mayans, 1873)

Este concepto es significativo para nosotros y nos parece que no necesita mayores comentarios, pues se acerca a los conceptos que hemos expuesto anteriormente.

Don Juan Valera conocía a perfección la lengua española, uniéndolo a eso un refinado y exquisito buen gusto.

Y para terminar, lo haremos con las mismas palabras con que el señor Castro en su trabajo sobre galicismos que hemos citado más arriba:

« Antiguamente se trataba sólo de voces aisladas en mayor número; pero modernamente el galicismo ha invadido la zona más delicada y compleja del idioma, y el espíritu purista o académico, con sus afirmaciones dogmáticas, será impotente para encauzar esta manifestación del moderno internacionalismo. El remedio a este mal, que en efecto llega a serlo, no se logrará nunca con una

actitud patriótera, la más pueril e ineficaz de las que adoptan ante el fenómeno del galicismo, sino fomentando la enseñanza del español y la reflexión sobre el idioma. »

MAURICIO SCHNEIDER.

Octubre de 1926.